



**VNiVERSIDAD
D SALAMANCA**

Facultad de Filosofía
Máster Universitario de Estudios Avanzados
en Filosofía

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**LA DUDA EN TORNO A LA FE EN MIGUEL
DE UNAMUNO**

MARTIN
GOMEZ MARIA - 36148010Z
- 36148010Z
Firmado digitalmente
por MARTIN GOMEZ
MARIA - 36148010Z
Fecha: 2020.06.08
13:16:27 +02'00'

Tutora: María Martín Gómez

LOPEZ
MARTÍN
CRISTINA
05723863Z
Firmado digitalmente
por LOPEZ MARTÍN
CRISTINA 05723863Z
Fecha: 2020.06.09
07:31:49 +02'00'

Alumna: Cristina López Martín

En Salamanca a 9 de junio de 2020

ÍNDICE

1. Introducción	2
2. La fe en sus primeros años de vida	4
3. Unamuno en la gran ciudad: época de Madrid	7
3.1 Las crisis en la etapa madrileña	10
3.2 El doctorado	12
4. Intento de volver a una concordia con la fe	14
4.1 Cátedra en Salamanca	17
4.2 La crisis del 97	18
5. Dialéctica entre la creencia y la duda	36
6. Conclusiones	41
7. Referencias bibliográficas	44

1. INTRODUCCIÓN

La motivación encontrada para llevar a cabo este proyecto era la posibilidad de analizar las distintas crisis religiosas o crisis espirituales que sufre Miguel de Unamuno a lo largo de su vida, para ver qué las originaba y cómo estas trastocaban su relación con la fe.

Conocidas son las dudas que tiene Unamuno con respecto a la fe, así como su percepción de Dios. No obstante, lo que se pretendió desde un primer momento, fue analizar si la crisis que sufre en 1897 fue la determinante del resto de las crisis religiosas que después. Por tanto, la investigación debía comenzar con un acercamiento a las bases de estas dudas –poniendo un énfasis especial en esta crisis del 97. Acercarse a esas bases permite darse cuenta de que hay una relación muy estrecha entre su pensamiento íntimo y personal y sus obras.

En cuanto a los objetivos de esta investigación consisten, por un lado, en analizar la relación que tiene Miguel de Unamuno con la fe, hasta la crisis del 97, y a partir de esta; y, por otro lado, acercarse a cada una de sus crisis de fe para llegar al origen y causas de las mismas.

El objetivo principal es, por tanto, estudiar el desarrollo de las dudas sobre la fe que tiene Unamuno y ver si le llevan a distanciarse o acercarse a Dios. Además, estableciéndose como punto clave la crisis del 97, se plantea como hipótesis que es una crisis que se venía fraguando desde hacía tiempo y que perdurará en los años sucesivos.

Por otro lado, la metodología utilizada en la elaboración de este trabajo ha consistido en acceder a distintas fuentes bibliográficas sobre Unamuno, analizarlas con el fin de llevar a cabo un acercamiento del tema que se está abordando sobre su vida y su pensamiento, que es el tema de la fe.

El punto de partida de esa metodología, fue consultar algunas de las biografías escritas sobre Unamuno para poder conocer mejor todos los datos relevantes acerca del mismo, y, entonces, poder partir de las fechas más relevantes de su vida y ver que las crisis espirituales que sufre tienen un eco en sus obras. Por tanto, era necesario partir de su biografía para conocer el porqué de ciertos temas tratados en sus obras.

Aparte de su biografía, el otro punto clave dentro de la bibliografía estudiada son los textos, obras de Unamuno en los que se percibe sus dudas religiosas, o su tendencia a afirmar la fe o existencia de Dios a través de sus personajes. Además, ha sido necesario recabar información de aquellas obras o artículos que realizan un análisis de la fe en Unamuno, de sus crisis de fe, etc.

Una vez analizados los datos más relevantes de su vida, principalmente del período que va desde su infancia (partiendo de que nace en 1864) hasta la publicación de *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), el siguiente proceso consistió en un acercamiento a los distintos escritos realizados en ese período de tiempo, ya fuesen obras publicadas, como ensayos o cuadernos que se dan a conocer posteriormente, o correspondencia ya que era muy dado a cartearse con amigos, principalmente.

Tras reunir todos los datos relevantes al respecto, comenzó la redacción de este Trabajo fin de Máster que ha sido revisado tras la elaboración de cada capítulo nuestra tutora, María Martín. Finalmente, tras concluir los capítulos establecidos, se desarrollaron unas conclusiones acerca del tema en cuestión.

La estructura que sigue este trabajo está constituida por una breve recopilación de los datos biográficos más importantes del autor, como es, en este caso, de Miguel de Unamuno. Tras ello, se encuentra el desarrollo de la investigación formada por los siguientes apartados:

- La fe en sus primeros años de vida.
- Época en Madrid. Que relata la crisis que allí sufre, así como su época del doctorado.
- Intento de volver a una concordia con la fe. Formado por la cátedra en Salamanca y por la crisis del 97.
- Dialéctica entre la creencia y la duda, que consta de un sub-apartado que es la contraposición entre fe y razón.

Por último, tras el desarrollo de todo el estudio, se hallan las conclusiones obtenidas como fruto de esta investigación llevada a cabo. Y, para finalizar, la recopilación bibliográfica utilizada.

2. LA FE EN SUS PRIMEROS AÑOS DE VIDA

Mi niñez es la fuente de mis mejores recuerdos. Vuelvo a ella la vista como los pueblos a su infancia oscura. Siento por ella un amor igual al que éstos sienten por su pasado remoto ¹.

Miguel de Unamuno y Jugo nace en 1864 en Bilbao, fruto del matrimonio entre Félix María de Unamuno y Larraza y María Salome Crispina de Jugo y Unamuno. Dicho matrimonio tuvo seis hijos, dos de los cuales fallecieron al poco tiempo de nacer.

Por tanto, la infancia de Unamuno transcurre junto a sus dos hermanas mayores: María Felisa y Susana Presentación y un hermano pequeño, Félix Gabriel, quien nace un año después que Miguel.

Su niñez quedaría marcada tanto por las guerras carlistas -que se estaban desarrollando en aquella época en Bilbao-, como por la repentina muerte de su padre, el cual fallece antes de los 50, cuando Miguel tenía solo siete años.

No será este el primer contacto con la muerte que vivirá Unamuno en su infancia, sino que, justo un año después de la muerte de su padre, fallecería su hermana pequeña, de tan solo un año.

Debido a la temprana, e inesperada, muerte de su padre, su educación, en particular, la religiosa que es la que ocupa a este trabajo -corrió de la mano de su madre, una mujer con gran fervor religioso. Esta trató de inculcarle los principios religiosos que seguía y que caracterizaban su fe. Principios que casi rozaban lo místico. Así, se pueden encontrar reflexiones que versan sobre su infancia como la cita con la que comienza este capítulo.

Por ello, Unamuno profesaba la religión en su infancia: le gustaba acudir a la misa de Candelas; no se perdía nunca los pasos de Semana Santa, ante los cuales, se pasaba ratos y ratos mirando desde el balcón.

¹ Miguel de Unamuno, *La vida, un sueño*, 1936, Casa Museo Unamuno J-74.

A pesar de todo, la vida cotidiana de Miguel, como la de muchos de sus compañeros, viene marcada por un calendario sentimental y festivo que desgana las diferentes celebraciones y los rituales religiosos al compás de la vida de la ciudad y de las estaciones. Así, acude a la misa de Candelas ².

Siguiendo el ejemplo y los pasos creyentes que su madre quería inculcar en él, el joven Unamuno se afilia a la Congregación de San Luis, pasando a ser uno más de los “luisés” (nombre con el que identificaban a sus componentes o afiliados).

Esta congregación religiosa, como las demás que existían en ese momento, tenía como objetivo potenciar la vida religiosa de los jóvenes. Unamuno no solo va a formar parte de esa Congregación, sino que, pronto, Unamuno conseguiría ser nombrado secretario de la misma.

Como fruto de las meditaciones que llevaban a cabo los miembros de la Congregación, Unamuno se verá enfrentado a una serie de conflictos. De este modo, por un lado, tenía en la cabeza los debates entre distintas corrientes filosóficas -de la filosofía moderna alemana, en su mayoría- a las que se estaba acercando en esos momentos. Por otro lado, en las citadas meditaciones religiosas fue “acechado”, en no pocas ocasiones, por una serie de pensamientos de carácter carnal, con una joven de la que llevaba enamorado desde su Primera Comuni3n. Esa persona sería su futura mujer, su *costumbre*, como él la llamaba, Concha.

En estos conflictos internos del joven Unamuno se puede apreciar un conato de crisis espiritual. Podemos encontrar aquí, en este conflicto, uno de los motivos que pudo originar la pérdida sucesiva de fe que va experimentando Unamuno y que desembocaría en la una desaparición parcial de la misma que se recuperaría en Salamanca.

En la época de este cuarto curso se cumplía en mí, por mis lecturas en noche de vela y por la acción de la Congregación de San Luis, la labor psicológica de la crisis de la primera del espíritu, la entrada del alma en la pubertad ³.

Así, en este conflicto constante entre sus pensamientos amorosos y las meditaciones religiosas, es cuando fue acechado por su primera crisis de espíritu, en torno a los años 1883 y 1884. De este modo afirma lo siguiente:

² Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, Miguel de Unamuno. *Biografía*, Madrid, Ed. Taurus, 2009, p.22.

³ *Ibid*, p. 37.

Fue la época de mis mayores luchas interiores, porque entonces mientras quería pensar en Dios o en la otra vida pensaba en ella y en esta vida. [...] yo luchaba por apartar de mí aquella imagen que me quitaba el pensar en cosas más altas ⁴.

En los cuadernillos que se conservan del joven Unamuno se percibe esa pérdida sucesiva de la fe que tenía desde niño. Ello se advierte porque en estos cuadernillos comienzan a desaparecer sus creencias, pudiéndose advertir a Unamuno en un estado de, casi, indiferencia con respecto a estos temas, los religiosos.

Es cierto que esta pérdida continua de la fe no desembocará, al menos por el momento, en la pérdida total de la misma. Sin embargo, sí que podría marcarse esta situación como la primera piedra del camino de esta desaparición de la fe en Unamuno.

Esta primera crisis queda reflejada en algunos escritos como en el siguiente fragmento, extraído de una de sus cartas:

Hace muchos años ya, siendo yo casi un niño, en la época en que más embuido [*sic*] estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar un Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje. Y me salió éste: “Id y predicad el Evangelio por todas las naciones”. Me produjo una impresión muy honda; lo interpreté como un mandato de que me hiciese sacerdote.

Mas, como ya por entonces, a mis quince o dieciséis años, estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tentar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgué de nuevo, fui a casa, abrí otra vez, y me salió este versillo, el 27 del capítulo IX de S. Juan: “Respondióles: Ya os lo he dicho y no habéis atendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?”⁵

Este texto muestra el intento del joven Miguel de Unamuno para hallar la solución a tal disputa -es decir, la que había entre sus pasiones amorosas y sus meditaciones religiosas- recurriendo a las Santas Escrituras que no hizo sino confundirle más.

Con el paso del tiempo, y tras las desventuras y problemas de su vida, Unamuno no hacía sino sentirse culpable por pensar que Dios le estaba encomendando la labor de dedicarse a la fe. Pensó que como no le hizo caso, los males eran un “castigo” por ello. Una serie de “castigos” que perpetuarían en su etapa madrileña.

⁴ *Ibid*, p. 39.

⁵ Miguel de Unamuno, “Carta a Pedro Jiménez de Ilundain, 25- III-1898”, edición de Laureano Robles, *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1986, p. 48.

En definitiva, en este apartado se ha producido un acercamiento a la infancia de Unamuno. Principalmente, la etapa a la que se ha prestado atención es la que transcurre desde su nacimiento, más bien desde su más tierna infancia, hasta el momento previo a su marcha a Madrid -que se produce en 1880. Concretamente se lleva a cabo este análisis de su infancia para poder determinar el papel que en ella tenía la religión. Se aprecia, por tanto, esa fe de niño que, a medida que él va creciendo, se va convirtiendo en dudas, conflictos y pérdida sistemática de la fe.

3. UNAMUNO EN LA GRAN CIUDAD: EPOCA DE MADRID

En septiembre de 1880, Unamuno emprende su viaje hacia la gran ciudad, Madrid, donde comenzaría a estudiar la carrera de Filosofía y Letras. No tardó en llegar a él la nostalgia, ya que, en el viaje, se le agolparon los recuerdos de su tierra.

Esta era la primera vez que el joven Unamuno, que tan solo tenía dieciséis años, se separaba de su familia y salía de su ciudad natal. Había, por tanto, de asentarse en una ciudad nueva, prácticamente sin conocidos y dedicarse a estudiar su carrera.

Allí le esperaba un primo suyo, Teles, que le fue de gran ayuda para adaptarse a la nueva ciudad. Además, fue un gran apoyo, ya que allí no tenía otro familiar o conocido más que él.

Con todo, a primeras horas de la mañana, el contacto inicial con esta capital que le parece gigantesca, cuenta entonces con cuatrocientos mil habitantes, es penosísimo y esta primera sensación, sin duda afianzada por la angustia ante lo desconocido, “forma la base de las impresiones todas que va sucesivamente recibiendo de la corte”⁶.

Este fragmento narra la primera sensación que tuvo Miguel de Unamuno en Madrid. Y, además, como queda expresado, va a determinar el resto de su concepción acerca de la gran villa. Ya que esta visión negativa, esta angustia y pesimismo que le trasmite Madrid, no cambiaría con el paso del tiempo.

⁶ Así se expresa el narrador de *Nuevo Mundo*, Eugenio Rodero, otro *alter ego* de Miguel de Unamuno. Miguel de Unamuno, “Carta a Clarín, 31-V-1895”, *Epistolario a Clarín*, Marcelino Menéndez y Pelayo, *Miguel de Unamuno*, Armando Palacio Valdés, Madrid, Edición Escorial, 1941, p. 53.

Por tanto, es necesario partir de esta sensación angustiosa en la que comienza Unamuno su nueva etapa, pero a pesar de ello, le gustase más o menos el nuevo lugar, debía cumplir su propósito y hacer su carrera lo mejor posible.

Unamuno, que comenzó su estancia en una pensión, no llevaba bien la soledad, no solo por no encontrar consuelo en nadie, sino también en el sentido de vivir solo. Así, desde lo más profundo de sí, enuncia las siguientes palabras “¡Qué triste es vivir solo! Pobre del alma que camina sola”⁷. Y añadirá “no hay cosa más triste que devorar en silencio nuestros pesares y alimentarnos de nuestro espíritu sin tener un corazón gemelo con quien partir el fuego que en el mundo arde”⁸.

En Bilbao estaba acostumbrado a frecuentar los cafés como sitios de reuniones donde se llevaban a cabo debates y se intercambiaban opiniones acerca de ideologías. Por tanto, es una actividad que va a intentar retomar en la gran ciudad. Sin embargo, esto no va a consolarle, ni si quiera le va a aportar la compañía y calidez que extraña.

Pese a estos intentos, esa compañía también constituía parte de su soledad, de una “soledad en medio de la multitud es aún más insoportable y cuando se acuesta es “para soñar y soñar tristezas””⁸.

Tal y como se percibe en las anteriores palabras, sus intentos por socializar y dejar de sentir esa soledad se vieron frustrados. No era únicamente que se sintiese solo porque no tenía relaciones cercanas en Madrid, sino que, incluso en sociedad, a pesar de la compañía de gente, se sentía así. Y según considera una gran parte de literatos, ese tipo de soledad es la peor: la que se siente aun estando en compañía.

Otro dolor añadido para Unamuno era el estar separado de Concha. Su recuerdo persistía en su cabeza, y a él se agarraba en los momentos en los que se dedicaba a descansar al final del día. No eran pensamientos vanos, sino que ella, su novia, correspondía esos pensamientos a través de las cartas que le escribía. Con todo, Unamuno no se deja llevar por estos sentimientos y se esfuerza en alcanzar sus metas.

⁷ Miguel de Unamuno y Jugo, *La unión constituye la fuerza. Mi primer artículo*, edición e introducción de José Antonio Ereño Altuna, Rontegui-Erandio, Bilbao, 1994, p. 45.

⁸ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op. cit., p. 48.

La nostalgia casi permanente del estudiante favorece sus primeros ensayos [...], al mismo tiempo, no descuida la carrera y estudia con empeño durante los cuatro años madrileños⁹.

Por tanto, como se puede apreciar, Unamuno, fue capaz de dejar a un lado la nostalgia que le atormentaba y esto le permitió comenzar plétórico sus primeros pasos en la Universidad.

Esta Universidad no se “libraba” en aquellos momentos de que el discurso que, hasta entonces había monopolizado la política, se abriese paso ante el surgimiento del krausismo, así como del positivismo.

En torno al segundo curso de su licenciatura sus ansias de saber no cesaban, por lo que comenzó a visitar frecuentemente la biblioteca del Ateneo para “devorar” libros.

Con respecto a esto afirma Unamuno lo siguiente “en este bendito Ateneo, leen poco, discursen más y discuten casi todos”. Sin embargo, en la biblioteca que frecuentaba en Bilbao “leen pocos, hojean periódicos más, echan la siesta algunos, conversan muchos y juegan otros”¹⁰.

En ese segundo curso de carrera, que se corresponde con el año 1882, es Antonio Cánovas del Castillo el que está a cargo del Ateneo. Parafraseando a Cánovas del Castillo, el Ateneo se convierte en un sitio en el que se permite, todo lo que fuera se impide que sea dicho.

Además, en sus noches en vela escuchaba discursos y conferencias. Por tanto, se aprecia cómo el joven Unamuno aprovechaba todos los recursos que había a su disposición para adquirir cada vez más conocimientos. A pesar de ello, los conocimientos adquiridos nunca cesaban, sin embargo, sus ansias de aprender.

En este segundo curso de su carrera, se comenzó a poner de moda en España el dominio de la lengua alemana. Unamuno, al percatarse de esto, comienza a estudiar el idioma. Este acercamiento de Unamuno hacia Alemania, en el sentido de estudiar su lengua *mater*, no será el único, sino que, ya con el nuevo idioma aprendido, comenzará a leer filosofía

⁹ *Ibid.*, p. 56.

¹⁰ Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, edición de Manuel García Blanco, vol. VIII, Madrid, Escelicer, 1966-1971, VIII, pp. 176-177.

alemana sin la mediación de las traducciones. En torno a 1882, se iniciará en la lectura de las *Críticas* kantianas y a estudiar la lógica de Hegel.

La estancia y estudio de Unamuno en Madrid duró desde 1880 a 1884. En este período de tiempo de cuatro años, la filosofía dominante en Europa era la desarrollada por Kant, la de Hegel y la de Spencer, y Unamuno, en esos años, pudo ahondar en el pensamiento de cada uno de ellos.

Tras acabar la carrera hubo de realizar, como era necesario, un examen de grado de licenciatura. Este acto, se produjo el 21 de junio de 1883 y obtuvo la calificación de sobresaliente con matrícula de honor. Obtuvo esa calificación en todo, salvo en la asignatura Historia Crítica de la Literatura española, asignatura que en ese momento impartía Marcelino Menéndez y Pelayo.

3.1 LAS CRISIS EN LA ETAPA MADRILEÑA

Es necesario tener en cuenta el estado en el que se encontraba Unamuno cuando salió de su ciudad natal, el viaje que le condujo a Madrid, así como sus angustiosos, solitarios y nostálgicos principios en la ciudad. Al comienzo de su estancia acudía a la Iglesia como refugio para pensar y tratar de combatir esa sensación de soledad.

Su madre lo alienta a hacer buenas lecturas para tratar de combatir la influencia de los estudios filosóficos, que le parecen sumamente perniciosos, y el propio Miguel reconoce que su manía de razonar lo saca poco a poco de la serenidad de la fe del carbonero a las dudas del teólogo ¹¹.

En estas palabras se muestra el temor de su madre, Salomé, por si su hijo comenzaba a perder la fe cristiana. Teniendo en cuenta esa cita, Salomé no tenía miedo de que su hijo perdiese la fe por estar solo en una gran ciudad, no es el caso. Sino que, lo que realmente le preocupaba era que la filosofía pudiese provocar en él ese rechazo a la fe. Este temor que tenía Salomé no era infundado ya que Unamuno había comenzado a tener dudas sobre su fe.

¹¹ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit, p. 60.

Estas dudas no devinieron de la nada, sino que era el racionalismo que le caracterizaba, y que, además, estaba muy extendido en la ciudad madrileña, tras el auge del krausismo, le alejaba de la religión.

Unamuno cada vez va encontrándose peor anímicamente cuando piensa en la religión. Se siente culpable, siente que irá al infierno si cae en el pecado de la carne. Esto es un añadido más al problema de soledad que, como ya se ha mencionado, le afligía desde su llegada a Madrid.

Es de este modo como van quedando en el pasado los momentos de su infancia en que aún perduraba su fe. Ahora el sentimiento está variando, pasando así de la duda a la negación de su fe. Ya que, llegado el momento culmen de su duda religiosa, pronunció aquel “¡Pero es que no creo...!”¹².

Vemos aquí cómo su intento, y el de su madre, para que este no perdiese la fe, se desvanecían ante esas palabras clave que marcarían un antes y un después en su vida. He aquí la primera confirmación de esa negación de la fe de Unamuno. Un joven que en aquel segundo curso ya rondaría la mayoría de edad. Un Unamuno cuya vida en Madrid había estado afligida por la soledad desde su llegada.

Este camino simbólico que transitó con el objetivo de combatir la culpabilidad y superar la nostalgia que derivaba, a su vez, en soledad, le condujo a la negación de su fe. Además, lo que de esas palabras puede apreciarse es que, pese a que esa fue la primera vez que aseguró que no creía, esta negación de la fe era algo que le rondaba la cabeza tiempo atrás.

Sin embargo, ni él ni su madre -que era muy devota- querían que el resultado final fuese el de la negación de la fe. De hecho, eso era lo que ambos trataban de evitar.

Es cierto que esa fue la primera vez que se “permitió” afirmarse a sí mismo que su fe había cesado, o eso parecía. Sin embargo, él antes ya tenía dudas. La fe se caracteriza por poseerla o rehuirla. Es decir, cuando uno no sabe si cree, muy difícilmente va a concluir que sí que cree. La fe, por ser dogmática, no permite la entrada de dudas, que no constituiría otra cosa, en la mayor parte de los casos, que su desaparición.

¹² *Ibid*, p. 62.

Otra nota importante que se puede extraer de esas palabras es que su cristianismo no solo le había hecho temer por tener pensamientos carnales con Concha -lo cual ya le hacía implorar a Dios que evitase su caída y le salvase del infierno-, sino que, además, lo restrictivo de los mandamientos cristianos le impedía, incluso, acceder a ciertas lecturas. Unamuno, un gran aficionado al saber, a la obtención de nuevos conocimientos, privaba a sus ojos y a sus pensamientos de ciertos libros que podían considerarse peligrosos según la Iglesia.

A esta primera negación de su fe, se suma que en Madrid en aquel momento el ambiente ideológico giraba en torno al krausismo y el racionalismo. Resultaba imposible no conocer nada de ello por la influencia que supuso en el momento. Además, incluso en el Ateneo, los periódicos estaban reflejando ese nuevo pensamiento.

Por un lado, en sus pensamientos se encuentra esa negación de la fe, esa pérdida de la fe que `sufre´ Unamuno. Por otro lado, se unía a esa ideología dominante en Madrid, el krausismo y el racionalismo. Este último podría acentuar al primero, haciendo que cada vez esté más lejos de la fe.

3.2 EL DOCTORADO (1883-1884)

Tras acabar la carrera, en esos tres primeros años en Madrid, empieza el Doctorado, en el cual le imparte clases Francisco Giner de los Ríos y, en ocasiones, consultaba también a Práxedes Mateo Sagasta.

Unamuno solicitó que su matrícula del doctorado fuese gratuita porque había sido premiado por tres asignaturas: Hebreo, Árabe e Historia de España.

En tan solo unos meses, Unamuno va a finalizar su Doctorado bajo el título de *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la razón vasca*¹³.

Pese a que él no dominaba esa lengua en sus primeros años de vida, cuando comenzó el bachillerato se dedicó por completo a aprenderla e interiorizarla. Tanto llegó a gustarle que buscaba obras en ese idioma, además de acercarse a conversaciones que también lo hablasen.

¹³ Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, vol. IV, op. cit., pp. 87-119.

A él su doctorado le deja insatisfecho. Sin embargo, la calificación que finalmente obtendrá por ello será de sobresaliente.

No llega a estar completamente orgulloso del doctorado que ha llevado a cabo, pero sí que considera que es un primer paso importante para las posteriores investigaciones acerca del pueblo vasco.

Dos años después de acabar su doctorado, cuando ya se había trasladado, nuevamente, al País Vasco, pide a su primo Telésforo que, como ya se mencionó, estaba en Madrid y le ayudó a adaptarse, que interviniese para que no tuviese que ir al acto de investidura de los licenciados y doctores. Su primo, finalmente, logra cancelar esa intervención de Unamuno y, tras esto, se especulan las causas por las que no quería asistir a ese acto.

En estos actos de investidura los licenciados y doctores debían hacer tres juramentos. El primero de ellos consistía en comprometerse a siempre defender la doctrina de Jesucristo; el segundo, a afirmar el dogma de la Inmaculada Concepción; por último, a obedecer la Constitución y ser fieles a la Reina Isabel II.

Algunas de las especulaciones de su ausencia en el acto, consistían en no querer jurar creer en Dios, en Jesucristo y en defender la doctrina cristiana cuando, en realidad, él ya hacía cuatro años que había pronunciado aquel “¡Pero es que no creo...!”.

Y, a ese respecto, en el tema de la fe, no se volvió a pronunciar, ni para confirmarla ni para desmentirla. Lo que sí se sabe es que años más tarde afirmó lo siguiente:

No he sido nunca ni educando ni discípulo de jesuitas ni de otra clase cualquiera de individuos pertenecientes a órdenes religiosas, no he pasado por sus colegios: mi educación toda, desde pequeñito, y aun habiendo nacido y habiéndome criado en el seno de una familia estrictamente católica y piadosísima, fue una educación laica; aprendí primeras letras en una escuela civil y segunda enseñanza y superior en los establecimientos públicos del estado¹⁴.

Con la pronunciación de estas palabras, Unamuno parece dejar claro que su máxima a partir de ese momento, será un conocimiento no dogmático; un conocimiento laico que no permita ninguna intromisión de la religión.

¹⁴ Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, vol. VIII, op. cit., p. 1246.

4. INTENTO DE VOLVER A UNA CONCORDIA CON LA FE

Unamuno, ya de vuelta en su Bilbao natal, comienza a plantearse distintas opciones para comenzar su vida laboral. Hasta ese momento contaba con la licenciatura de Filosofía y Letras, así como con el doctorado y, a partir de ahí, pensará en el cargo de catedrático.

Así, en 1886, va a comenzar un “camino” que le conducirá, cinco años después, al examen para ser catedrático.

Prepara las oposiciones a las cátedras de Latín y Castellano para los Institutos de Murcia, Tarragona, Zamora, Canarias y Figueras; al mismo tiempo, oposita a las plazas de Psicología, Lógica y Ética de los centros de Bilbao y Cibra. También prueba fortuna en Jerez, León, Baeza y Tapia para sacar una cátedra de latín y Castellano y hace las oposiciones para enseñar Metafísica en la Universidad de Valladolid¹⁵.

En este nuevo camino de estudio, de preparación para la cátedra, comienza a escribir *Filosofía lógica*¹⁶ o *Metafísica positivista*, una obra que no llevará a término. Los suspensos de los exámenes a los que se presenta comienzan a llegar, dejando en el aire sus esperanzas.

Entretanto, el puesto de cronista queda libre en 1889 y Unamuno aparece en la lista de los principales candidatos a ocupar el puesto. Sin embargo, no solo no consigue el puesto, sino que, además, considera que ha sufrido un trato injusto. Esto va a desembocar en que ponga una crítica en *El Noticiero Bilbaíno*:

¿Querrán decir los señores de la comisión para qué se decía en el anuncio de la provisión de la plaza que se presentarán con una solicitud los documentos que se tuviera por conveniente?

¿Para desarrollarlos en papel higiénico? ¿No es esto burlarse del país? Se anuncia un *concurso*; se indica que se presenten documentos, y se da la plaza a quien solo presenta su partida de bautismo. [...] Para concluir por hoy, nos falta deplorar que no se resucite Trueba y nos consuele hablándonos de las costumbres patriarcales de nuestros mayores, de la antigua honradez de este país, de la histórica rectitud de sus gobernantes¹⁷.

¹⁵ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op. cit., p. 72.

¹⁶ Miguel de Unamuno, *Filosofía Lógica*, edición de Ignacio García Peña y Pablo García Castillo, Madrid, Tecnos, 2016.

¹⁷ Miguel de Unamuno, *Prensa de juventud*, edición a cargo de Elías Amézaga, Madrid, Compañía Literaria, 1995, pp. 210 y 211.

Ese artículo ocasiona que dos días después, Unamuno se vea obligado a rectificar por sus palabras, por lo que redacta otro artículo de disculpa:

Al escribir el artículo que con el título de *El nombramiento de cronista* apareció en el número 4.669 de *El Noticiero Bilbaíno*, censuré actos realizados públicamente por varios señores diputados. Los actos públicos pertenecen al dominio público y son censurables: las personas que los realizan no. Así es que mi juicio acerca de los hechos debe entenderse que o envuelve ofensa personal alguna, y retiro, por lo tanto, cuantos conceptos pueden considerarse injuriosos u ofensivos.

Repito la observación que hacía en el artículo de que no me refería a caso concreto y menos a éste, en las últimas reflexiones. Esta declaración creo que evitará malas interpretaciones¹⁸.

Mientras sigue preparándose para la cátedra se ve obligado a trabajar para poder traer dinero a casa. A su casa familiar en la que seguía viviendo en compañía de su madre, de su hermana María Felisa y de su hermano Félix. Su hermana Susana ya no convivía en el domicilio familiar ya que se había hecho novicia.

El trabajo que le va a sacar de esa situación será impartir varias asignaturas para los alumnos de Bachillerato, también a nivel de Colegio e, incluso, clases particulares. Además, se oferta en el periódico para dar también clases de castellano a extranjeros.

Durante esos años -1886 hasta 1889- en los que trabaja arduamente para llevar dinero a su casa y mantener a su familia, Unamuno sigue interesado en la filología y en la historia del pueblo vasco. Así lo muestran estas palabras que escribe el autor vasco:

Creo que en el País Vasco, se podría formar una asociación de personas amantes del eusquera que tomara el cuidado de ir recogiendo de boca del pueblo vocablos, giros e idiotismo y remitirlos con designación del pueblo de su procedencia a un centro donde personas competentes y libres de todo espíritu de sistema ordenaran y clasificaran los materiales¹⁹.

Tras obtenidos fracasos en las cinco oposiciones que comienza a preparar tras su llegada a Madrid, lo intenta una última vez. Lo que quería era conseguir una cátedra en Bilbao para poder casarse y llevar una vida allí ya que Concha no quería salir de su ciudad natal.

¹⁸ *Ibid*, p. 215.

¹⁹ Miguel de Unamuno, *Escritos inéditos sobre Euskadi*, edición y notas de Laureano Robles, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 1998, pp.135-144.

A él también le generaba presión el no encontrar ya un trabajo fijo ya que en su casa no se encontraba bien. Desde que llegó de Madrid, su madre no para de sorprenderse de que su hijo ya no tenga la fe que profesaba de niño.

Este sentimiento de su madre no es solo de sorpresa, sino, también decepción: decepción porque pese a que ella sea una ferviente religiosa, su hijo había abandonado todo dogma religioso.

Unamuno, ante tal situación en su hogar se sentía incómodo por la postura que tenía su madre ante él por haber dejado de creer.

Cuando piso la puerta de casa siento que la voz se me hiela en la garganta, que todo el espíritu se me recoge y a veces que el frío me cala hasta el tuétano de los huesos. No recuerdo que se haya encendido más de cuatro o cinco veces el hogar en mi casa y no recuerdo ninguna que una conversación haya durado más que diez minutos. Así que me veo solo [...] ²⁰.

La negación de su fe no solo preocupaba a su madre, sino que, además, también atormentaba a Concha por los castigos que Unamuno podría sufrir tras la muerte por haber negado su fe. En ocasiones, Unamuno se planteaba la posibilidad de aparentar que sí creía, para que tanto su madre como Concha estuviesen tranquilas.

Renunciar a la dicha de su amor me es doloroso, pero me es también mucho renunciar a mis proyectos, al empuje de mi razón, a mi ambición. Trabaja en el campo católico me han dicho [...] y no puedo trabajar en un campo cerrado en que la razón se ahoga, la personalidad desaparece y el mísero trabajador se reduce a repetir [...] fórmulas sin novedad ni vida. Un escritor católico no puede ser original y la originalidad es el comezón de mi espíritu. ¿De qué me sirve dar nuevas formas al cadáver viejo?

[...]O renunciarme o renunciar a ella, y en uno u otro caso renunciar a mi dicha. ¡Qué de amarguras me esperan y la esperan! [...] ²¹

Unamuno entra en este dilema que podemos percibir en sus palabras: o fingir algo que no es así, como que cree en Dios; o ser él mismo, pese a que su madre y Concha sigan sufriendo por esa negación.

²⁰ Miguel de Unamuno, *Cuadernos de juventud*, “Notas...”, CMU, cuartillas 48-49.

²¹ Miguel de Unamuno, *Cuadernillo 8/19*, CMU, cuartillas 55 y 56.

Además, en estas palabras se aprecia cómo Unamuno alega que no quiere ser un escritor católico, pues ello le aleja de su razón, a la que es fiel. No solo por esto, sino que, tampoco le permitiría escribir nada original, pues la religión, para él, es ya “cadáver viejo”.

Sin embargo, este dilema no cesa:

¿Tiene algo de extraño que yo después de haber guardado puercos en la piara positivista vuelva como el hijo pródigo a la casa de que salí? La felicidad consiste en gran parte en saber creer²².

Esto es lo que se cuestiona Unamuno, si no sería extraño, ilícito que abrace de nuevo la fe tras haber “comulgado” con el racionalismo positivista.

En lo que atañe a lo personal, el 31 de enero de 1891 va a llegar el ansiado día de la boda con Concha Lizárraga. Ve en ella un consuelo, una esperanza, así como en sus futuros hijos.

En ellos alberga una gran esperanza: quiere jugar con ellos, quiere volver a sentir al niño de su infancia, etc. Después se barajará la hipótesis de que quiera volver a sentirse niño porque quiere volver a la fe de su infancia. Tiene claro, dado su gusto a la pedagogía, cómo quiere educar a sus futuros hijos, poniendo en práctica, así, esos valores pedagógicos que desarrolla en los últimos años.

4.1 CÁTEDRA EN SALAMANCA

Tras cosechar una serie de fracasos en sus intentos de obtener una cátedra, Unamuno se siente cada vez más presionado. Ya no es un hijo que tiene que llevar dinero para su madre y hermanos, sino que se ha casado, se ha unido en santo matrimonio con el amor de su vida, Concha, y ahora, ha de mantenerla, a ella, y a los futuros hijos.

Lo vuelve a intentar, esta vez presentándose para obtener la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca. Este examen se realizará unos meses después de su casamiento, consiguiendo, finalmente, el éxito al que aspiraba.

²² Miguel de Unamuno, *Cuaderno XXIII*, CMU, cuartillas 52 y 53.

Y, a mediados de julio, tras serle concedido el nuevo cargo, viaja hasta la Salamanca para la toma de posesión del cargo. Este viaje fue corto, y coincidiendo con el verano, no duró más que lo que fue necesario para obtener el cargo y volvió a Bilbao hasta octubre.

Una vez iniciado el curso, tanto el claustro como los estudiantes se ven sorprendidos por lo politizado de los pensamientos de Unamuno, así como por sus intentos de destronar el saber enciclopédico. Con esto, Unamuno quería despertar el espíritu crítico de sus alumnos, que sean capaces de pensar por sí mismos y que no repitiesen de memoria contenidos aprendidos solo para aprobar.

Esta novedad que quiere implantar con respecto a la pedagogía, lo demuestra en las siguientes líneas:

Cuando dije yo al catedrático de la Literatura Española que, si yo la explicara, me pasaría cada curso haciéndoles leer a los alumnos obras escogidas de dos o tres, o cuatro (aunque fuera uno solo) autores y comentándolas y criticándolas, se escandalizó. Le parece mejor decirles: Calderón nació tal año, escribió tales obras, su estilo es de esta o de la otra manera, tiene estos o los otros defectos; contar cuatro argumentos de sus obras, y a otro autor, porque si no ¿cómo podrían darse en un curso todos los principales autores?²³

En lo personal, a Unamuno y Concha empiezan a llegarles las alegrías: en 1892 nace Fernando, su primer hijo. Solo dos años más tarde nacería Pablo. Raimundo no tardaría mucho en llegar, ya que en 1896 se convierte en el tercer hijo de la familia.

4.2 LA CRISIS DEL 97

Sin embargo, la felicidad que tenía por el nacimiento de sus tres hijos, por haber conseguido formar una familia, que era algo que había estado deseando y planificando durante años, se vería truncada por la temprana enfermedad de Raimundo. Una meningitis a los pocos meses de vida derivó en otra complicación más, hidrocefalia.

Usted sabe cuán escasas son las probabilidades de cura y como no es el peor resultado la muerte, sino que ésta se dilata años que son años de imbecilidad e idiotismo para el pobre niño. Oímos, sin embargo, casos de curación [...]. Con esta desgracia hemos estado mi mujer y yo sin ganas para cosa alguna²⁴.

²³ Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*, op.cit., edición de 1996, p. 36.

²⁴ Miguel de Unamuno, “Carta al Sr. D. Pedro de Múgica. Berlín, 3-V-1896”. Miguel de Unamuno, *Epistolario I (1880-1899)*, introducción, edición y notas de Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté,

Esta enfermedad que, tal y como se sabía, le conduciría, tarde o temprano, a la muerte, hizo que la tristeza invadiese el corazón de sus padres y de esa casa.

Por suerte para la familia, la alegría no tardó en llegar, con un nuevo nacimiento, el cuarto, que se produciría en 1897, cuando nace Salomé la primera hija del matrimonio, hasta el momento.

La tristeza que comenzó en 1896 por la grave enfermedad del recién nacido, se unirá a la fuerte presión que sentía Unamuno por todo el trabajo que tenía. A todo esto, se añaden sus incertidumbres con respecto a la política del momento: se había afiliado al partido socialista, pero le entran dudas acerca de si hace bien o está equivocado.

Todo esto le hace vivir unos momentos muy angustiosos que, podrían estar contribuyendo a la gran crisis espiritual que vive Unamuno en 1897.

El punto clave de esta crisis, se produce en la madrugada del 21 al 22 de marzo de 1897. Esa noche, Unamuno sufre una aguda crisis de ansiedad. Todas esas preocupaciones le pesan más que nunca y toda esa carga comienza a expresarse de forma física, a través de palpitations, dolor en el pecho, adormecimiento del brazo, etc.

Si alguien conoce esa crisis del 97 de un modo muy cercano es su amigo y confidente a través de cartas, Pedro Corominas. Corominas, sobre esta crisis del 97 que vive Miguel de Unamuno afirma que “su crisis religiosa, más bien mística, de 1897 [...] duró unos cuantos años más pero su intensidad fue decreciendo...”²⁵.

Por tanto, lo que ya queda de manifiesto por estas palabras, es que esa crisis no fue una más de su vida, sino que fue una de las más relevantes en su vida, probablemente la que más:

Siento cierta sensación extraña de soledad y de abandono. Hay momentos en que me parece estar solo y que los demás no son más que sombras, espectros que se mueven y hablan. Estoy convencido de estar pasando la verdadera crisis de mi vida...²⁶.

Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2017, n.º 143, p. 542 Cfr. Sergio Fernández Larraín, *Cartas inéditas...*, op.cit., 239-242; Cristina Pereda González, *Correspondencia inédita...*, op.cit., 489-491.

²⁵ Antonio Sánchez Barbudo, “La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: la crisis de 1897”, *Hispanic Review*, vol. 18, n.º. 3, jul. 1950, pp.218-243.

²⁶ Miguel de Unamuno, “Carta a Ilundain, 23-XII-1898”. Antonio Sánchez Barbudo, *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1959, p. 227.

Como ya ha quedado señalado, esta crisis espiritual tenía una gran relevancia el peso de la fe, cuyo papel en la vida de Unamuno, no quedaba del todo claro.

Corominas también alude a una carta que Unamuno escribió a Clarín, hablando de él mismo en tercera persona, sobre lo que sentía en esos momentos en los que “creyó en realidad haber vuelto a la fe de su infancia, y...empezó a practicar, hundiéndose hasta en las devociones más rutinarias, para sumergirse en su propia infancia”²⁷.

La intención de estas líneas que escribe a Clarín, queda remarcada en uno de sus poemas del *Cancionero*.

Agranda la puerta, Padre
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame por piedad;

vuélveme a la edad bendita
en que vivir es soñar.
Gracias Padre, que ya siento
que se va mi pubertad;
vuelvo a los días rosados
en que era hijo no más²⁸.

Este poema es una prueba de que Unamuno comienza de nuevo a caminar en la senda de la fe. En él expresa que la fe es algo accesible para los niños, sin embargo, él que dejó de serlo hace décadas, no encuentra ningún acceso a esa fe, pues la puerta que le permitió entrar de niño, ya se le ha quedado pequeña. Pide entonces, no sin cierta congoja, a Dios que le ayude a entrar nuevamente en la fe.

Las causas que desencadenaron esa crisis del 97 ya han quedado citadas anteriormente, pero ¿había algún reflejo de esta crisis en lo que Unamuno escribió o pronunció en público en aquel 1897? En Unamuno se puede percibir, de un modo bastante transparente, ese reflejo de la situación que está atravesando, ese reflejo de sus pensamientos en las obras que publica.

De este modo, cabe acercarse a alguna de las obras que redacta en torno a ese momento y que pueden ser clave en cuanto al papel que tenía, en el propio Unamuno, la fe en esos

²⁷ P. González Caminero en su *Unamuno*, tomo I, Santander, Universidad Pontificia Comillas, 1948, p. 68, cita un fragmento de esa “Carta de Unamuno a Clarín”, aunque se desconoce la fecha de la misma.

²⁸ Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, vol. V, *Cancionero*, Madrid, Ed. Fundación José Antonio Castro, 2000, p.92.

años. Así, una referencia relevante es *Nicodemo el fariseo*, una obra que recoge las palabras que pronunció Unamuno en 1899 en el Ateneo.

Leí y releí la historia de Nicodemo y la medité. Y dejé luego cristalizar tales meditaciones, meditaciones cordiales más que racionales disquisiciones, en un relato que es el que voy a leeros esta noche²⁹.

Nicodemo el fariseo, cuyo protagonista refleja la crisis que vivía el propio Unamuno, engloba lo que él denomina como “meditaciones cordiales”. El objetivo principal de este relato es llegar a tocar el alma de aquellos que lo oigan o lean.

La historia cuenta que Nicodemo va por la noche a ver a Jesús, se acerca a este y le pregunta que, si tiene algo de divino, pues percibe que su personalidad tiene rasgos que se salen de lo común.

Ante esa pregunta de Nicodemo, Jesús le contesta que hay que renacer para poder ver el reino de Dios. A Nicodemo esto le deja perplejo, no imaginaba modo alguno de poder volver a nacer. Sin embargo, no era un nuevo nacimiento carnal, sino que, a lo que Jesús se refería era a un nuevo nacimiento espiritual.

Así Unamuno invita, mediante este relato a seguir los pasos de Nicodemo. De un Nicodemo que permita ese renacimiento del alma de todos los humanos, para que, con esto, podamos acceder al reino de Dios.

¿Qué interés podía tener Unamuno en 1899 por pronunciar aquellas palabras? Lo que Unamuno cuenta es un relato religioso, es un relato que da esperanzas para entrar aún en el reino de los cielos.

Un Unamuno que en 1886 escribió unas líneas para dejar claro que su conocimiento va a ser laico, fuera de todo dogma y que así ha sido educado. Tras estas palabras no hizo sino reafirmarse en esa negación de la fe. Como mucho, pensaba en intentar volver a creer para que su madre y Concha no sufriesen por él y por los posibles castigos *post mortem* que le pudiesen aplicar. Pero como tal, no se había producido ninguna vuelta al camino de la fe.

²⁹ Miguel de Unamuno, *Nicodemo el fariseo*, Madrid, Ediciones Encuentro, S.A., 2007, p. 19.

Sin embargo, estas palabras de 1899 muestran esas ganas de volver a creer. Muestran las ganas de volver a tener la fe que tenía de niño. Así lo relata Unamuno:

En esos momentos de obstinada lucha interior, cuando bajo las pavesas de lo racional me levantaba el corazón la sustancia de las cosas que se esperan, en esos momentos de solemne crisis, para afirmar mi personalidad sobre la personalidad de la civilización cristiana en que vivimos, y de que vivimos, resucité mi niñez sumergiéndome en la niñez del espíritu de nuestra cultura. ¿Cómo? Buscando en mí mi corazón de niño y yendo con él a mamar la leche que nos hizo hombres, a oír la voz de nuestra niñez social, la voz del Evangelio³⁰.

En esos años, las preocupaciones que ahogaban a Unamuno le hicieron retroceder en esa negación absoluta de su fe. Lo que afirmó en aquel 1886, poco tiempo después de su estancia en Madrid, aquella aclaración acerca de la fe que ya no había en él, se transformó en ese momento.

Todos los problemas que le abordaban: los económicos, la carga de trabajo, el peso de tener que mantener a una familia, la grave enfermedad del pequeño Raimundín, sus dudas políticas -en torno al socialismo-, así como la relación con su madre, desencadenaron una gran crisis en él. Una crisis que le condujo, de nuevo, al camino de la fe.

Este camino de retorno a la fe le hacía añorar y desear volver a aquellos momentos en los que, siendo niño, no tenía dudas de la fe que profesaba, ni de los contenidos de los Evangelios.

En esas palabras parece quedar de manifiesto que es por ese cúmulo de preocupaciones lo que causa el retorno a la fe de Unamuno. Lo cual conduce a pensar que, en otras circunstancias, más amenas tal vez, Unamuno no habría vuelto a la senda de la fe.

Por tanto, la pregunta que se llevaba haciendo desde un tiempo atrás, de si sería legítimo volver al camino de la fe tras haber conocido el krausismo y racionalismo científico, le conduce a una única respuesta: sí. Sí podía volver a la fe pese a haberse distanciado de ella en esos años.

³⁰ Miguel de Unamuno, *Nicodemo el fariseo*, op.cit., p. 19.

Del 1899 no solo se tiene constancia de *Nicodemo el fariseo* sino también de un cuento que redacta bajo el título *Una visita al viejo poeta*³¹, en el cual el protagonista renuncia a la literatura para volverse hacia sí mismo y emprender un camino de búsqueda de Dios.

Se produce, en definitiva, esa transformación de un Unamuno con crisis religiosas, de un Unamuno abrazando el ateísmo al que podría haberle destinado la ciencia, a un Unamuno que vuelve a creer en Dios. Una fe que no solo le permite creer en Dios, sino que crea a Dios. Así, nuevamente en *Nicodemo el fariseo* se pueden considerar sus siguientes palabras:

Porque no consiste tanto la fe, señores, en creer lo que no vimos cuanto en crear lo que no vemos. Solo la fe crea³².

En eso consiste la fe en Unamuno, no solo en creer, sino en crear. Y lo que crea, pese a que sea casi tautológico señalarlo, es algo “que no vemos”, es algo que no se ve, y es por eso que hay que crearlo. Creer y crear en y a Dios. Esta es una característica que tendrá la nueva fe de Unamuno, el crear, no solo el creer.

Sin embargo, como lo que se crea es aquello que no se ve, solo por el hecho de querer crearlo, es porque se cree en ello. Por tanto, este crear no es en vano, sino que parte de una creencia.

Pese a este conato de vuelta a la fe que, en su origen, parecía ser un verdadero retorno a la religiosidad, Unamuno finalmente “se convenció que no podía creer, y que aquello de hundirse en devociones rutinarias, fingiendo una fe que no tenía, “era falso””³³.

La crisis de 1897 resulta ser, aparte de un motivo directo de inspiración en las obras anteriores a 1900, una fuente secreta de todo su pensamiento posterior³⁴.

Estas palabras de Sánchez Barbudo coinciden con la creencia de muchos estudiosos de Unamuno acerca de que esta crisis es clave en su vida y en sus obras.

³¹ Miguel de Unamuno, “La Ilustración Española y Americana”, Madrid, 8 de septiembre de 1899.

³² Miguel de Unamuno, *Nicodemo el fariseo*, op.cit., p. 16.

³³ Antonio Sánchez Barbudo, “La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: la crisis de 1897”, op.cit., p. 226.

³⁴ *Ibid*, p. 239.

Sin embargo, Unamuno no cesa de hablar de esa tan ansiada fe en sus obras. Así, en el mismo año en el que pronunció aquel relato sobre *Nicodemo el fariseo*, escribe *La venda*, un breve drama que no publicará hasta 1913.

La venda narra la historia de dos hermanas, María y Marta, que están a punto de perder a su padre enfermo. María y Marta tienen personalidades opuestas, mientras que María se deja llevar por los sentimientos, Marta solo permite que la razón gobierne su vida.

María nació ciega, y vivió siempre así, pero un médico quiso operarla, permitiendo, entonces, que comenzase a ver. Sin embargo, María se empeñó en ponerse una venda en los ojos porque, así, en la penumbra era como siempre había vivido y era la única manera que tenía de orientarse. Con la venda puesta, se dispuso a ir a casa de su padre.

(María saca un pañuelo y se venda los ojos)

SAN PEDRO

¿Pero que está usted haciendo, mujer de Dios?

MARÍA

Es para mejor ver el camino

SAN PEDRO

¿Para ver el camino taparse los ojos? ¡Pues no lo comprendo³⁵!

Era la única manera que ella tenía para orientarse, por eso insistía en ir así a ver a su padre. Este está deseando ver a su hija, porque no la ha visto tras la operación, su hija nunca le ha visto, y no se quería morir sin que eso pasase. Aun así, cuando María llegó se negó a quitarse la venda, ya que ella conocía a su padre desde la ceguera, no quería que esa última vez que estaría con él, no fuese con el padre que ella conocía –a través de su tacto, gracias a sus manos- sino con una persona con un físico nuevo para ella.

Esta insistencia de María podría ser explicada con estas palabras del comienzo de la obra:

Don Juan

¿y si la verdad le mata y la ilusión le vivifica³⁶?

Don Juan es uno de los personajes, que coincide con María en que no todo ha de hacerse siguiendo a la más recta razón, sino que también se puede atender a la fe, y a los sentimientos.

³⁵ Miguel de Unamuno, *Obras Completas*. vol. XII, Teatro, Barcelona, Ed. Vergara, S.A., 1958, p. 316.

³⁶ *Ibid*, p. 314.

El caso de María, refleja un ejemplo de esa pregunta –retórica, pues él tiene ya una opción escogida: la ilusión que vivifique antes de una verdad que mate- pues la verdad, que sería ver a su padre sin venda, le mata porque le anula la manera en que ella tenía de concebir y acercarse a la realidad, que es mediante el tacto. Esta verdad le mata, en cambio, la venda es lo que le ayuda, pese a que sea una “mentira”, meramente una “ilusión”.

Es decir, desde el plano filosófico, Marta vive de la “alétheia” (‘desvelamiento’ o ‘desocultamiento’, especialmente con respecto a la verdad). Por su parte, María no quiere provocar esa “alétheia” que le supone el quitarse la venda; vive más cómodamente en la oscuridad física, en su ilusión, en ese modo de vida que la venda le concede.

El debate de esta obra puede considerarse como una extensión del conflicto que hay entre el corazón y la razón. Entre la razón de Unamuno y la fe que, pese a ser una ilusión, podría salvarle de la muerte que le está ocasionando la verdad, el afirmar que no cree.

Un año después de *Nicodemo el fariseo* y de *La venda*, Unamuno va a ser nombrado rector de la Universidad de Salamanca. Estas palabras se las dedica su madre cuando le llega la noticia de que su hijo ha sido nombrado Rector:

Veo que has tomado ya posesión de tu nuevo destino y deseo que en él cumplas bien con tu deber. No dudo que no te faltarán disgustos que quizá te procuren los que han sido chasqueados; pero no te dejes dominar por la vanidad ni engreírte por los elogios que algunos te prodigan y obra en todo considerando que debes a Dios el haberte concedido a ser [*sic*] lo que eres y que en un momento pudiera humillarte si no eres agradecido a Él³⁷.

Como se puede percibir, persiste el interés y la esperanza de su madre de que su hijo vuelva a abrazar la fe.

Mientras tanto, Unamuno trata de compaginar el Rectorado, con las lecturas y con la redacción de *Amor y pedagogía*, obra que no se publica hasta 1902.

1902 es un año muy marcado para Unamuno y para su familia. Es el año en el que llega el momento trágico de la muerte del pequeño Raimundín, tras sufrir hidrocefalia desde poco después de su nacimiento. Durante la enfermedad, Unamuno sentía una gran culpabilidad, de hecho, esta circunstancia también fue una causa importante de la crisis

³⁷ “Carta inédita de Salomé Jugo Unamuno a Miguel de Unamuno, 3-XI-1900”, CMU.

del 97, como ya se ha visto. Pero cuando este fallece, el sentimiento cambia, ya no es tanto culpabilidad sino, más bien, algo que le va a pesar el resto de su vida.

Aún me abruma el misterio de aquel ángel
encarnado, enterrado en la materia,
y preguntando, con los ojos trágicos
de mirar, al Señor, por la conciencia.
Aún recuerdo las horas que pasaba
de su cuna a la triste cabecera
preguntándole al Padre con mis ojos
trágicos de soñar, por nuestra meta.
Y su entreabierta boca siempre henchida
de un silencio grito de protesta [...].
Leía en sus ojos un espanto

de ultracuna anidaba, mar de pena,
angélico mensaje del fatídico
amor sin gloria de los hijos de Eva.
Y un alba se apagó como se apaga
al asomar el alba allá en la extrema
nebulosa del cielo aquel que nunca
podremos ver recóndito planeta.
Pero en mí se quedó y es de mis hijos
el que acaso me ha dado más idea,
pues oigo en su silencio aquel silencio
con que responde Dios a nuestra encuesta³⁸.

Además, es un año en el que la gente comienza a dudar de su fe, empiezan a considerarlo ateo realmente y comienzan a aparecer peticiones como la siguiente, pese a que esta, de la que se tiene constancia, sea más tardía:

Como cristiano, como español y como salmantino, que soy por la misericordia de Dios, protesto lleno de indignación, de que el Señor Unamuno sea Rector de nuestra Universidad Pontificia. Solo el recuerdo de tantos sabios y santos como pasaron por ella, obligaba al Señor Unamuno, a fuer de bien nacido y bien criado, a poner la dimisión del cargo de Rector, y aun de profesor, y marcharse a predicar tan heterodoxas doctrinas entre griegos, que es la lengua que medianamente entiende.

No es el Señor Unamuno un protestante de buena fe, es un renegado que nunca podrá tener una discusión seria y formal, en contra de nuestra fe sacro santa. Es un hereje de los que rezan en familia, antes y después de comer, y por amor al garbanzo, reniegan en público de Jesucristo y rechazan el consuelo más sublime que el hombre encuentra en la tierra, cual es el tercer hijo de la Iglesia³⁹.

Este es solo un ejemplo del descontento de los salmantinos creyentes con un rector que no se proclama como tal.

Esto le hizo plantearse su puesto y pensó en trasladarse a Argentina, donde tiene un gran reconocimiento. Aun así, él sentía una verdadera pasión por Salamanca y, pese a que las peticiones para que destituyese y las amenazas no cesaban, trató de templar su postura y

³⁸ Miguel de Unamuno, "En la muerte de un hijo" de *Poesías sueltas, Obras Completas*, vol. V, Madrid, Biblioteca Castro, 2002, pp. 900-901.

³⁹ "Carta anónima de un salmantino al director de la revista *El Siglo Futuro*, 1913".

no aludir a su posición con respecto a la religión para “no ofender a nadie, hasta a los más meticulosos”⁴⁰.

1902 también es un año en el que sale a la luz su obra *Amor y pedagogía*. Esta obra parece mostrar cómo renace en él la importancia de la ciencia, una importancia que adquirió en su etapa madrileña cuando entra en contacto con los principios del racionalismo y del krausismo. Es una obra en la cual el protagonista, Avito Carrascal, quiere ser un hombre que “anda por mecánica, digiere por química, y se hace cortar el traje por geometría proyectiva”⁴¹.

Antes de terminar su estancia en Madrid, y tras esta, Unamuno comenzó a sentir un gran interés en temas pedagógicos, como se señaló anteriormente. En esta obra, lo que se percibe es cómo Avito Carrascal quiere hacer pedagogía desde una perspectiva científica para educar a su futuro hijo.

Avito ni si quiera estaba casado, por lo que se dispone a encontrar a una mujer con la que casarse y que esta sea la madre de sus hijos. Para buscar a la futura madre de sus hijos, lo hace desde un punto de vista también científico. Que su futura mujer fuese encontrada a través de sus razonamientos científicos, le llevaba a pensar que era la mejor manera para que el fruto de ese matrimonio, su hijo, fuese predeterminado ya para ser un genio.

No necesariamente tenía que amar a esa mujer, pues, según Avito “amor y pedagogía son incompatibles”⁴². La prioridad, por tanto, en su vida era aplicar la pedagogía a su futuro hijo, en ningún momento habla de un hijo fruto del amor del matrimonio.

Continuamente Avito tiene en su cabeza el debate entre lo que quiere en su vida y lo que le dice la razón. Este debate es, una vez más, extrapolado de la relación razón-corazón, que no es la primera vez que Unamuno plasma en alguna de sus obras, y que parece reflejar el pensamiento del autor.

‘No te engendré ni te crié para que fueses feliz’, -dice Avito a su hijo, añadiendo después- ‘No te he hecho para ti mismo’, a lo cual el hijo le pregunta ‘Entonces ¿para quién?’ , ‘ ¡Para la Humanidad!’ es la respuesta del padre⁴³.

⁴⁰ Miguel de Unamuno, “Carta a Salvador Padilla, 6-VI-1903”. Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito I, (1864-1914)*, edición de Laureano Robles, Madrid, Colección Austral, Espasa Calpe, 1991, pp.132-133.

⁴¹ Miguel de Unamuno, *Amor y Pedagogía, Obras Completas*, op. cit., vol. II, p. 317.

⁴² *Ibid*, p. 334.

⁴³ *Ibid*, p. 387.

Con estas palabras Avito deja claro que la incompatibilidad que ve entre amor y pedagogía, no afecta únicamente a su matrimonio, sino también a su hijo. Le educa desde los principios de la ciencia, mediante una pedagogía que no se sale de los límites de esa ciencia.

Su hijo, Apolodoro, se llega a rebelar contra su padre al ver que el objetivo de la educación que tiene le imparte es esa pedagogía para la humanidad, y no la felicidad.

Avito dice a su hijo `No sé si tenemos o no derecho a la felicidad propia', y Apolodoro le responde `¿Derecho? Pero sí a destruir la ajena, la de los hijos sobre todo'⁴⁴.

Apolodoro, decepcionado con lo que estaba haciendo, y había hecho, con él su padre, reconoce que por mucho que se emplee una pedagogía científica no se lograría hacer de nadie un genio, pues:

El genio nace y no se hace, y nace de un abrazo más íntimo, más amoroso, más hondo de los demás, nace de un puro momento de amor, de amor puro, estoy de ello cierto; nace de un impulso, el más inconsciente⁴⁵.

Reclama el amor que su padre nunca le había dado mientras trataba de lograr lo imposible, convertirlo en genio. Esto va minando cada vez más la autoestima de Apolodoro, haciéndole entrar en un bucle amoroso. Ese bucle amoroso, el no saber cómo manejar la situación, el desconocimiento acerca de los temas amorosos, le condujo a avergonzarse de sus actos, y a tener un exacerbado sentimiento de culpabilidad. Culpa una vez más a la pedagogía que se le ha empleado y se quita la vida. Tras esta tan trágica muerte, Avito sufrirá una gran transformación de su pensamiento.

Un ejemplo de ello aparece en la *novela Niebla* (1914) –que, pese a no publicarse hasta 1914, Unamuno la había redactado en 1907. Quien ha leído *Niebla* queda sorprendido cuando en un momento determinado un personaje de *Amor y pedagogía*, Avito Carrascal, tiene una intervención, dando conversación a Augusto Pérez, protagonista, a su vez, de *Niebla*. En esta conversación, Avito manifiesta lo siguiente:

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid*, p. 123.

La ciencia es realidad, es presente, querido Augusto, y yo no puedo vivir ya de nada presente. Desde que mi pobre Apolodoro, mi víctima [...], murió, es decir, se mató, no hay ya presente posible, no hay ciencia ni realidad que valgan para mí; no puedo vivir sino recordándole o esperándole⁴⁶.

Ahora para Avito el interés pedagógico se ha transformado en una profunda culpabilidad. Y eso le acaba pesando tras el suicidio de su hijo porque se da cuenta de que lo único que desea es regresar al lado de su hijo. Desde entonces, ya la ciencia no le motivaba, dejó de seguir todos los principios de la ciencia para organizar su vida, pues le habían llevado a que su hijo se suicidase.

Sin embargo, como amor y pedagogía no son compatibles para Avito, una vez que ha fallecido su hijo, fracasando su modelo pedagógico, comienza a priorizar al amor y la fe –la cual se puede apreciar en la anterior cita, cuando sostiene que ya solo le cabe esperar (lo).

Un amor tardío, pues le ha costado perder a su hijo para darse cuenta de que la ciencia no era la solución. Para él ya la ciencia no era solución a nada, renuncia a ella. Renuncia a la ciencia a cambio del amor, y con estas palabras termina la obra: “El amor había vencido”⁴⁷.

El amor es incompatible con la pedagogía, la ciencia es incompatible, por tanto, con la vida y, en definitiva, las razones del corazón son incompatibles con la razón. Unamuno es un gran racionalista, sin embargo, el corazón, al igual que la fe, le hacen tambalear esos cimientos racionalistas. Por eso no cesa de intentar volver a la fe, a una fe que le sale del corazón. La razón lucha contra esa fe porque no puede explicarse racionalmente –poniendo la vista en la etapa madrileña, la crisis de fe que vive allí se debe a un intento de racionalarla, de explicarla desde el racionalismo– sin embargo, pese a que no sea racional no es capaz de renunciar a ella por completo.

Un año después de la publicación de *Amor y pedagogía*, persisten las disconformidades del pueblo salmantino con un Rector que no predica la fe, sino todo lo contrario, parece haberla perdido. Sonados son ya los conflictos entre el Padre Cámara, obispo de

⁴⁶ Miguel de Unamuno, *Niebla, Obras Completas*, vol. II, op. cit, p. 559.

⁴⁷ Miguel de Unamuno, *Amor y pedagogía*, op. cit., p. 395.

Salamanca, y Unamuno, y va a ser este, quien, en nombre de la Iglesia, y en nombre del descontento de los salmantinos católicos le achaca que:

¡Y qué dolor, mi querido Sr. de Unamuno, tener que hablar a V. este lenguaje tan ajeno a mi carácter y a los impulsos de mi corazón! ¡No son estas amarguras las que menos labran y quebrantan mi salud! ¿Por qué no había V. de orar y pedir al Señor aquella fe bendita que recibió en el regazo de su buena madre? ¿Por qué no volver a las prácticas de piedad tan colmadas de encantos?⁴⁸

El padre Cámara reclama en nombre de la Iglesia a Unamuno para que vuelva a esa fe que antes profesaba. La intención del padre es la que se muestra, que Unamuno vuelva a abrazar la fe, sin embargo, sus métodos podrían calificarse de pocos éticos, llegando al chantaje o manipulación emocional.

Unamuno, disconforme con estas acusaciones, responde lo siguiente:

Nadie puede citar ni escritos ni palabras mías de estos últimos años en que se tire a apagar la lumbre de la fe cristiana, ni jamás, jamás, jamás he escrito ni dicho en parte alguna eso de dar muerte a los sentimientos religiosos. Por ello me ha sorprendido el “como Vd. dice”. Yo no digo eso. Puedo mostrar, por el contrario, cómo siempre que he hablado -en Cartagena, en Orense, en Almería, en Granada, aquí, recientemente- he dicho y repetido que lo que más necesita nuestra patria es acabar de cristianizarse, y en mucha y buena parte de ella empezar a hacerse cristiana. Es mi constante y confesado empeño: hacerme más cristiano cada vez⁴⁹.

Con estas palabras se defiende Unamuno ante tales acusaciones del padre Cámara, e insiste en que quiere “cristianizarse” cada vez más. Quiere creer más aún, o simplemente, creer, en el caso de que realmente no creyese. Quiere -como repite en más de una ocasión, como ya se citó anteriormente con *Nicodemo el fariseo*- crear esa fe, pues lo que tiene potencia para ser creado, es aquello que no se ve.

No quedó ahí la disputa que entre el obispo y Unamuno había, sino que el padre Cámara, manda al ministro de Instrucción Pública, Domínguez Pascual⁵⁰, una carta para informarle de la terrible situación que vivía la Universidad de Salamanca por tener a Unamuno como rector.

⁴⁸ La mayoría de las cartas al padre Cámara está recogida en Benigno Hernández Montes, “Enfrentamiento entre el Padre Cámara y Unamuno”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1983, vols. XXVII-XXVIII, p. 255.

⁴⁹ Miguel de Unamuno, “Carta al Padre Cámara, 25-XI-1903”. Laureano Robles, Ángel González y Juan Sáez, *Unamuno y Cartagena*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1997, p. 53.

⁵⁰ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit., p.235.

Unamuno, pese a seguir estando tan cuestionado, sigue adelante con su puesto de rector. Y no solo cuestionado, sino aborrecido e ignorado por muchos que ya no esperaban nada de él. Él era consciente de los sentimientos que despertaba en la gente con su comportamiento y opinión:

Si sé cuán antipático, cuán profundamente antipático soy a mucha gente. Hay algunos que me quieren, pocos, pero ellos bien y de veras, pero, en cambio, qué masa de aborrecedores. [...] Sí, me doy cuenta de esa antipatía, la deploro por ellos, pero ni puedo ni debo evitarla. Es mi fuerza. Les corto la modorra⁵¹.

Como se aprecia en esas palabras de 1906, Unamuno es consciente del sentimiento de rechazo que provocaba en mucha gente, y de que, según él, eran pocos los que le seguían. Aun así, no parece importarle la opinión de esa “masa” que tiene en contra, por lo que no va a cambiar de conducta ni de opinión.

A finales de ese año, 1906, Unamuno sufre una nueva crisis motivada tanto por dolencias físicas, como por el cansancio mental que arrastraba. Así se encuentran estas profundas palabras que muestran la sensación angustiosa que le turbaba durante esos últimos días del año:

Es de noche, en mi estudio.
Profunda soledad; oigo el latido
de mi pecho agitado
-es que se siente solo,
y es que se siente blanco de mi mente-
y oigo a la sangre
cuyo leve susurro
llena el silencio.
[...]
Me vuelvo a ratos para ver si acecha,
escudriño lo oscuro,
trato de descubrir entre las sombras
su sombra vaga [...]
Es una tentación dominadora
que aquí, en la soledad, es el silencio
quien me asesta;

El silencio y las sombras.
Y me digo: `Tal vez cuando muy pronto
vengan para anunciarme
que me espera la cena,
encuentren aquí un cuerpo
pálido y frío
[...]
Tiemblo de terminar estos renglones
que no parezcan
extraño testamento,
más bien presentimiento misterioso
del allende sombrío,
dictados por el ansia
de vida eterna.
Los terminé y aún vivo⁵².

⁵¹ Miguel de Unamuno, “Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal, 19- XII-1906”. Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit. p. 267.

⁵² Jesús G. Maestro, *La filosofía de los poetas*, Madrid, Editorial Verbum, 2018, p. 55-56. Cfr. Miguel de Unamuno, *Poesías*, Suárez Miramón, 1987: I, pp. 209-210.

De este poema se pueden extraer dos cosas relevantes: por un lado, esa nueva crisis de Unamuno, en la cual, el sentimiento de soledad, le lleva a fantasear sobre la muerte, no como un deseo, sino como una especie de premonición o intuición de lo que pudiera acontecer; por otro lado, Unamuno muestra que entiende la muerte como el paso a la vida eterna, que sería un modo de “vivir de algún modo”, de ser inmortal.

Esta última característica es clave en Miguel de Unamuno: sus ansias de inmortalidad, de que algo quede de él, aunque sean sus obras; de vivir, aunque sea a través de sus personajes. Unas ansias de inmortalidad que ya tenía Augusto Pérez, protagonista de *Niebla*, que, pese a no publicarse hasta 1914, la redacta en 1907. Es decir, poco después de ese poema, comienza a escribir *Niebla*, por lo que puede ser relevante apreciar dicha contigüidad para rastrear los pensamientos de Unamuno.

En la propia obra *Niebla*, se encuentran varias escenas que aluden, de modo literario, o figurado, a las ansias de inmortalidad. Como ejemplo de ello y, probablemente, el caso más ilustrativo por lo que atañe, sea la siguiente escena:

¡Crearme para dejarme morir!, ¡usted también se morirá! El que crea se crea y el que se crea se muere. ¡Morirá usted, don Miguel, morirá usted, y morirán todos los que me piensen! ¡A morir, pues!⁵³

Esta escena pertenece al acto XXXI, y lo que se está produciendo es una acalorada disputa entre don Miguel, que se confiesa en la obra, autor de esta *nivola*, y el protagonista de la misma, Augusto Pérez. La disputa surge a raíz de que Augusto Pérez viaja hasta Salamanca para preguntar al autor de la *nivola* si puede acabar con su vida, ante lo cual, don Miguel le señala que al ser un personaje no tiene capacidad de decidir eso, y que solo él, como autor puede ordenar dicha muerte.

Augusto, enfadado ante la noticia de que no puede tomar la decisión que quiera acerca de su vida, ante la noticia de que realmente no es dueño de la libertad que creía tener, “amenaza” a Unamuno diciéndole que quien va a morir, en realidad, será el propio Unamuno, así como el resto de mortales que lean esa *nivola*. Lo que Augusto señala no es

⁵³ Miguel de Unamuno, *Niebla*, edición de Mario J. Valdés, Madrid, Ediciones Cátedra, Grupo Anaya, S. A. 2008, p. 285.

falso, en realidad, es completamente certero sostener que cualquiera que lea la obra, es mortal.

Por tanto, todos los lectores de *Niebla*, y los de cualquier obra, son mortales, en cambio los personajes no:

Y luego pensó: “Pero ¡no, no! ¡Yo no puedo morirme; solo se muere el que está vivo, el que existe, y yo, como no existo, no puedo morirme... soy inmortal! No hay inmortalidad como la de aquello que, cual yo, no ha nacido y no existe. Un ente de ficción es una idea, y una idea es siempre inmortal...”⁵⁴

Los personajes son inmortales pues son fruto del pensamiento de seres mortales, y esto hace inmortales a sus personajes ya que, pueden volver a vivir en cada persona que los lea. Así se explica dicha inmortalidad.

Del mismo modo, Unamuno se decantaría por una inmortalidad de ese tipo, vivir a través de los personajes que ha creado, a través de las obras que ha escrito de su puño y letra. Ansias de inmortalidad, temor, a su vez, de desaparecer eternamente, de caer en el olvido.

La filosofía literaria de Unamuno posibilita que tanto lector como escritor puedan detener el tiempo para hacerlo eterno, para inmortalizar e inmortalizarse en sí mismos, para descubrir y descubrirse en cada personaje de novela, de poesía, que es donde el hombre “de carne y hueso” hurga dentro de sí⁵⁵.

El lector se encuentra, entonces, con el autor de la obra que está leyendo. Se produce este encuentro que permite, según se ha señalado anteriormente, ser inmortal al autor a través de sus personajes, escritos, de sus obras, en definitiva.

Los héroes y los artistas, los mismos escritores, buscan, de hecho, perpetuarse a través de sus obras y de sus actos. Así, Don Quijote buscaba la fama porque no se resignaba a perecer y quería que perduraran sus acciones a través de los siglos. Así, buscan los padres perpetuarse en los hijos. Así, cada uno reivindica la autoría y valor de su propia obra, por muy pequeña que sea⁵⁶.

⁵⁴ *Ibid*, p. 288.

⁵⁵ Andrés Escobar, “La literatura filosófica: una aventura íntima en Miguel de Unamuno”, *Revista Escritos*, Medellín, vol. 21, n° 47, 2013, p. 525.

⁵⁶ Alicia Villar Ezcurra, “Muerte y pervivencia en Unamuno”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, Málaga, Universidad Pontificia Comillas, vol. XII, 2007, p. 239.

Con estas palabras expresa Alicia Villar, historiadora del pensamiento unamuniano, la intención que tenía Unamuno de immortalizarse gracias a sus obras y a través de sus personajes.

Pero Unamuno no hablaba de su inmortalidad, de immortalizar únicamente a sí mismo, a don Miguel y no preocuparse de los demás, sino que lo que él quiere es despertar en todos o, al menos, en el mayor número posible de personas, la conciencia de la mortalidad, de la finitud. Así, podría concebirse a Unamuno como un “agitador” de conciencias, como bien hacía Sócrates en la Grecia clásica.

Ve tan necesario despertar las conciencias de la gente acerca de la mortalidad y finitud humana porque, considera que “se genera una extraña insensibilidad por los problemas esenciales y un excesivo afán por lo superfluo”⁵⁷. Unamuno alerta ante el riesgo de vivir sumidos en esta situación pues él también había pasado por ello:

Vivía dormido, sin pensar en tales cosas, perdido en mis proyectos y mis estudios, confiado en la razón, como viven otros. Vivía alegre y animoso, sin pensar en la muerte más que como se piensa en una proposición científica y sin que su pensamiento me diera más frío ni calor que el que me da el del que el sol apagará un día. [...] He vivido como viven los que se llaman sanos de espíritu, fuertes de él, equilibrados y normales, considerando a la muerte como a una ley natural y necesaria condición de la vida⁵⁸.

Sin embargo, logró despertar de esa situación:

Y he aquí que ahora no puedo vivir así y veo esos años de ánimo, de bríos, de lucha, de proyectos y de alegría como unos años de muerte espiritual y de sueño⁵⁹.

Es por esto que trata de avivar las conciencias, de despertarlas del letargo de la superficialidad que hace que la muerte se acepte como algo inevitable y que, por ello, no se le otorgue la importancia que tiene. No se dedica tiempo a pensar en la muerte, ni en que esta es la aniquilación de todo lo vivo, porque se obvia el efecto de la muerte. Unamuno, en cambio, sí que considera necesario reflexionar sobre esta situación.

⁵⁷ *Ibid*, p. 240.

⁵⁸ Dezső Csejtej, *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004, p. 29. Cfr.: Miguel de Unamuno, *Diario íntimo*, vol. VIII, op. cit., p. 836.

⁵⁹ *Ibid*, p. 836-837.

Declara, por tanto, la guerra a la superficialidad⁶⁰, es decir, dejar a un lado lo superfluo e interiorizar en las cosas, no haría que solo se prestase atención a la muerte y a lo que esta supone, sino que, como en su caso, puede derivar en una serie de contradicciones o debates internos como el que siente entre el sentimiento y la razón.

Otra característica que puede derivarse si se consigue dejar de lado lo superfluo es no centrarse solo en el dolor físico, sino llegar a percibir también el dolor espiritual:

El dolor físico nos hace experimentar nuestro cuerpo, el dolor espiritual, la angustia, nos permite darnos cuenta del alma y nos lleva a descubrir la interioridad y la individualidad, despertando del sueño de la inconsciencia⁶¹.

A su vez, el dolor espiritual puede deberse a esa constante contradicción entre razón y sentimiento vital.

En Unamuno es constante esta lucha entre sentimiento y razón, “entre la razón y el sentimiento vital”⁶², que puede apreciarse en *La venda*, citada anteriormente. También en torno a la fe en Dios, que es puro sentimiento, pero no es racional. La mortalidad, por otra parte, frente a los anhelos de inmortalidad, que podrían calificarse de irracionales.

Sin embargo, Unamuno, pese a sus anhelos de inmortalidad, no cae en una irracionalidad, pues no afirma la inmortalidad y niega los efectos de la muerte, sino que se sitúa, más bien, en una lucha constante entre “el deseo de pervivencia y la certeza racional de la propia muerte y aniquilación”⁶³. Pervivencia, persistencia, sobrevivir y no resucitar, no se trata de una anhelada inmortalidad del alma, sino del hombre de carne y hueso. No es, por tanto, la resurrección de su alma, lo que Unamuno quiere, sino vivir para siempre.

No obstante, Unamuno es consciente de que la inmortalidad que él desea no es una posibilidad real.

⁶⁰ Miguel de Unamuno, “Macanas de Miguel”, *La Nación*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1994, p. 247.

⁶¹ Alicia Villar Ezcurra, “Muerte y pervivencia en Unamuno”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, op.cit., p.241. Cfr.: Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. IX, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 184.

⁶² Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. VI, op.cit, p. 121.

⁶³ Alicia Villar Ezcurra, “Muerte y pervivencia en Unamuno”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, op. cit., p.242.

La congoja de sentir que todo pasa, nos revela al tiempo el consuelo de lo eterno y nos permite crear lo que no vemos⁶⁴.

Crear lo que no vemos, crear a Dios para creer en él. Eso es lo que da consuelo a Unamuno frente al inevitable conflicto con la inmortalidad. Además, crear y creer en Dios consiste en dar, de un modo u otro, finalidad al universo, en especial para aquellos que niegan que haya fin alguno.

¿Que no tiene fin alguno el universo? Pues démosle, y no será tal donación, si la obtenemos, más que el descubrimiento de su finalidad velada. Cuando la razón me dice que no hay finalidad trascendente, la fe me contesta que debe haberla, la habrá. Porque no consiste tanto la fe, señores, en creer lo que no vimos cuanto en crear lo que no vemos. Solo la fe crea⁶⁵.

Esos anhelos de inmortalidad que analiza Alicia Villar con detenimiento son claves elementales en gran parte del pensamiento unamuniano, especialmente en esa fase en la trata de reconciliarse con una fe que no está seguro de tenerla.

5. DIALÉCTICA ENTRE LA CREENCIA Y LA DUDA

Un año después de redactar *Niebla*, 1908, será un año marcado en la vida de Unamuno por el fallecimiento de su madre, doña Salomé. Él confía en que su madre continúe cuidándole, aunque su estancia en la vida terrenal haya perecido.

El papel de doña Salomé en la vida de Unamuno, más allá de desempeñar su función maternal, es clave en torno al tema de la fe. Una Salomé que se sentía muy orgullosa de la religiosidad de su hijo en su infancia. Y es que se puede comprobar que Unamuno seguía los pasos de la cristiandad, asistiendo, como ya fue mencionado, a la misa de Candelas, viendo las procesiones de Semana Santa con notable entusiasmo, e incluso formando parte de una Congregación religiosa, la Congregación de San Luis.

Más adelante, cuando Unamuno emprende su etapa universitaria en la ciudad madrileña, cuando le comienzan a surgir las dudas en torno a la fe, su madre trata de que vuelva a la senda de la cristiandad, sin éxito, como se ha comprobado.

⁶⁴ Alicia Villar Ezcurra, “Muerte y pervivencia en Unamuno”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, op. cit., p.248.

⁶⁵ Miguel de Unamuno, *Nicodemo el fariseo*, op. cit., p. 16.

Tras estas crisis religiosas que vive Unamuno, doña Salomé sufre mucho porque su hijo ya no crea, teme porque se le castigue por ello tras la muerte. Tras ello, la relación entre ambos, se enfría y distancia mucho, creando, incluso, en Unamuno el sentimiento de incomodidad cuando está con su madre.

La muerte de su madre llegó en un momento en el cual, Unamuno creía o, al menos, quería creer que creía. Sin embargo, tras el triste fallecimiento de doña Salomé, lo que Unamuno afirma es que sus creencias vienen y van continuamente.

Esa época es en mí una época que durará, espero, toda mi vida, que no acabará nunca. De esos asaltos, de darlos y rechazarlos, de deshacer y rehacer mis creencias, vivo. La vida del hombre sobre la tierra es combate, y combate primero y ante todo consigo mismo.

Consigo mismo y con los demás. Guerra, sí, y guerra civil si queréis; guerra por imponer mi variación personal, arranque de progreso⁶⁶.

Ya no se trata de afirmar o de negar la fe, sino que queda sumido en un proceso dinámico que cambia constantemente entre sus dos variables: creer y dudar.

Cuando Unamuno comenzó a tener crisis de fe, comenzó a sentirse mal pues tanto su madre como su Concha sufrían por ello; se sentía mal, además, por no poder afirmar una fe que no había desaparecido totalmente de su corazón pero que no cabía dentro de su mente racional. Por tanto, sus dudas en torno a la fe, negar la fe le hacía sentirse mal consigo mismo.

En cambio, en esta última cita afirma que, en esos momentos, se encuentra en medio de un proceso “dialéctico”, se halla entre la duda y la creencia, pero siempre se encuentra en continua lucha.

Hay que sembrar en los hombres los gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud... Y, sobre todo, y, ante todo, nada de vivir en paz... No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior; necesitamos guerra⁶⁷.

Aquí se percibe una novedad en su pensamiento. Puede apreciarse cómo Unamuno adopta un nuevo modo de vivir, un nuevo modo de pensar, de posicionarse con respecto a la vida.

⁶⁶ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit. p.279. Cfr. Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, vol. IX, op.cit., p. 262.

⁶⁷ José García López, *Historia de la Literatura española*, Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1966, p. 550.

Esta nueva forma de aproximarse a la realidad o de categorizarla consiste en no quedarse en la afirmación de Dios, tampoco en la negación del mismo, sumido, así, en la duda, sino que de lo que trata es de un continuo proceso de alternación entre la creencia y la duda.

Este nuevo paradigma se presenta de un modo más laxo y, sin duda, menos radical que una afirmación absoluta, o una negación absoluta, como ya se ha mencionado. No es un proceso dialéctico que realice voluntariamente, sino que es una sucesión de ese proceso, en el tiempo, que podría denominarse casual, aunque incausada por él.

Unamuno no quiere, por tanto, la quietud, la tranquilidad de estar seguro de que tiene ciertas creencias o de tener la certeza de que duda. No quiere esa tranquilidad pues esta implica quietud, y para él, eso no es vida. Necesita de esa dialéctica, de esa lucha constante, por ello afirma que no quiere paz, no es eso lo que persigue, sino que lo que necesita en ese momento, es lucha, guerra.

Tanto deseaba la guerra interna y tan poco estimaba la tranquilidad que en 1909 redacta estas líneas:

Cuanto mejor me va más me acomete la murria y no puedo digerir mi bienandanza y me atormenta la idea de morirme un día del todo. Yo no sé, Dios me perdone, si no necesitaré para curarme que visite Él mi casa con alguna gran desgracia. No es bueno ser mimado del cielo⁶⁸.

Ya no se trata de desdeñar la tranquilidad que le podría otorgar sentir la fe, vivir conforme a la religiosidad, sino que, incluso, la sensación que causa el bienestar le produce incomodidad. Le molesta estar bien porque sabe que algún día la muerte llegará, sin previo aviso, para arrebatarse la vida y, con ella, todo lo demás.

Lo que resulta más sorprendente de esas palabras es que desee la llegada de algún problema o miseria, pues encontrándose sumido en ese bienestar, considera que está siendo tratado demasiado bien por Dios, y que eso no puede ser.

Unamuno, como ya se ha visto, no quiere paz, no quiere tranquilidad ni si quiera el buen trato que recibe de Dios. Quiere, por tanto, guerra, lucha, por el bien de su espíritu. Además

⁶⁸ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit. p.281.

de la paz, la tranquilidad y el buen hacer de Dios, lo que también desdeña Unamuno es el cientificismo.

La fórmula de la civilización europea contemporánea, la fórmula que ahí copian simiescamente, me repugna. Me repugna el cientificismo, me repugna el progresismo. Se trata de ocultar un estado íntimo de desesperación espiritual. Se quiere eludir el único problema esencial, el de la inmortalidad del alma. El dinero, la actividad y la ciencia son otras tantas morfina⁶⁹.

La razón de esta oposición al cientificismo consistía en que esta aleja a cualquier principio de religiosidad, y, aunque no se trate de nada religioso, aleja también lo espiritual que pueda haber en nosotros, humanos y, ya que no puede ser explicado por la ciencia.

Considera, por tanto, la ciencia como una “morfina”, es decir como algo que adormece y aleja de lo que él considera que son los verdaderos problemas, como dejar emanar lo espiritual del hombre y atender al problema esencial que es el de la inmortalidad del alma. La inmortalidad del alma, que, como se ha analizado, es un tema clave en Miguel de Unamuno.

El mismo Unamuno que pedía guerra y no paz, lucha y no regalos o consuelos de Dios, experimenta a comienzos de 1911 una serie de malestares físicos que los médicos achacan a “aprensión” o “neurastenia⁷⁰”. La neurastenia es un trastorno que ocasiona períodos depresivos graves. A pesar de esta explicación médica, Unamuno se encuentra reticente ante la idea de que no haya nada físico, pues sus molestias son físicas: dolor en el brazo desde hacía meses, hipertensión y semanas sufriendo por un insomnio muy acusado.

Así mismo, esa guerra personal que deseó, se expresa en la contraposición entre la fe y la razón. Esto no es algo nuevo, sino que, como ya se ha visto anteriormente, esta polémica entre razón y fe le acompaña gran parte de su vida.

Otra de las cosas con las que quiere acabar la ciencia, o, más bien el cientificismo, es la fe. Unamuno sigue sumido en esa duda en torno a la fe que lleva décadas acompañándole.

⁶⁹ Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*, op.cit. edición de 1996, p. 333.

⁷⁰ Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, op.cit. p. 298.

Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuando voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se le da (...) ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice que sí, mi cabeza, que dice que no! Contradicción, naturalmente (...) ⁷¹

Pese a que estas palabras pertenecen a *Del sentimiento trágico de la vida*, que no se publicará hasta 1913, Unamuno en este 1911 está ya viviendo eso que expresa dos años más tarde en dicha obra. Eso que vive y sufre es la citada contradicción que hay entre lo que le dice el corazón y lo que le dice la razón, pues estos argumentos son opuestos entre sí.

O renunciarme o renunciar a ella, y en uno u otro caso renunciar a mi dicha, porque ella consiste en unir lo que no puede ser [...] ⁷².

O se queda con la fe y renuncia a la razón, luchando contra esta última a la que no le parece racional su sentimiento de fe; o se queda con la razón y renuncia a la fe, adquiriendo entonces un sentimiento de culpa por haber rechazado la fe desde los principios de la razón, de la ciencia, pese a estar tan disconforme con el cientificismo. Así, se da cuenta que, en cualquiera de los dos casos, surgiría un problema.

Esta oposición entre la razón y el corazón es algo que ya expresaba Unamuno en obras incluso anteriores al año 1900, como es *La venda* (1899). Es una oposición que es muy sonada por Blaise Pascal y por la sentencia que se le atribuye y por la que es más conocido “el corazón tiene razones que la razón no entiende”.

En definitiva, Unamuno, era un conocedor de que en esta lucha entre la fe y la razón no se hallaba solo, sino que era un camino que ya había transitado Pascal, al que consideraba un “pobre espíritu martirizado por la obsesión de su destino que edifica con su corazón, las ruinas que la razón teórica acumuló” ⁷³.

⁷¹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Akal, 1983, p. 69.

⁷² Miguel de Unamuno, *Cuaderno XVII*, CMU, caja 67/112, p. 15-16.

⁷³ Alicia Villar Ezcurra, “Unamuno y su lectura de Pascal: Del sentimiento trágico de la vida como principio de acción solidaria”, Ediciones Universidad de Salamanca, Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, 47, 2-2009, pp. 69-98. Cfr. Miguel de Unamuno, “Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal, 3-XII-1898”, *Cartas íntimas*, Bilbao, Eguzki, 1986, carta n.º 20, p. 103.

6. CONCLUSIONES

El propósito de este trabajo fue realizar un acercamiento a las diversas crisis que sufre Miguel de Unamuno, sobre todo y, en particular, la que tiene en el 1897 –conocida como la crisis del 97- así como las que la preceden y las sucesivas crisis hasta el año 1912, fecha en la cual se publica su obra cumbre con respecto al tema de la fe, *Del sentimiento trágico de la vida*. Así, el periodo que se ha analizado es el que va a desembocar en la que, probablemente, fue su gran crisis espiritual, la de 1897, hasta 1912, año en el que publica su obra más fundamental reconocida sobre la fe.

Ese 1897, por tanto, es un año clave en él, pues se origina la considerada como la mayor crisis que experimenta el autor vasco en toda su vida. Por tanto, se constituye esa fecha como el punto clave, hasta el que hay que llegar y desde el que hay que partir para ver las consecuencias que tendrán en él y, por tanto, en sus obras.

Parece que ese propósito inicial se ha cumplido en el trabajo pues se han abordado todas y cada una de las crisis que sufre Unamuno y, en especial, las consecuencias que estas tienen en él, en su relación y posición con respecto a la fe, y cómo en algunos casos, se refleja esto en sus obras.

Si bien es cierto que la crisis del 97 es la más conocida y una de las más relevantes, no es la única que sufre a lo largo de su vida. Ya se mencionó que antes de ir a estudiar a Madrid, mientras meditaba en la Congregación de San Luis, le abordaron ciertas dudas religiosas que desembocaron en su primera crisis espiritual. En este caso, solo se especifica que el motivo es por sus pensamientos amorosos, y hasta pasionales, con su amada Concha, la cual no se podía quitar de la cabeza ni en esos momentos de meditación.

En su etapa en Madrid, cuando va allí a estudiar a la Universidad, sufrirá la segunda crisis, coincidiendo con el segundo curso de carrera. Esta crisis estuvo motivada por el auge del krausismo y positivismo a los que se unieron sus previas dudas con respecto a la fe.

Probablemente, hasta 1897 no se pueda volver a hablar de crisis en él. No obstante, es cierto que habían empezado una serie de problemas que serían los desencadenantes de esta gran crisis motivada, entre otras causas, por la hidrocefalia, la gran enfermedad que sufría su hijo Raimundín y que acabaría por arrebatárle la vida a la edad de seis años. Además, los problemas económicos que se derivan de tener que mantener una familia, mujer e hijos,

con el sueldo que en ese momento tenía. Consecuencia de este problema económico es la gran carga de trabajo que llevaba para poder reunir el dinero necesario para vivir tranquilamente. A todo ello, se sumaban las dudas de fe que llevaba arrastrando desde su juventud y lo que ello provocaba en la relación con doña Salomé, su madre, que no volvió a ser la misma con él desde que comenzaron las desavenencias de su hijo con la fe.

A finales de 1906 vuelve a tener una serie de pensamientos que reflejan su bajo estado de ánimo, sus sentimientos de soledad, pese a vivir con su esposa e hijos, y comienzan a aflorar las preocupaciones por el tema de la muerte. Ligado a este tema, se encuentran las ansias de inmortalidad que se pueden ver, claramente, en algunas de sus obras.

El haber analizado esta serie de crisis que sufre Unamuno manifiesta que no se trataba “solo” de la decisión de creer o no creer en Dios, sino que es un tema mucho más profundo.

En esta investigación se ve que los problemas no eran solo con respecto a eso, no se ceñía solo a ello, sino que afloran otras causas, como problemas económicos; la relación con su madre que se enfría tras el comienzo de las dudas en Unamuno; la grave enfermedad que condujo a la muerte temprana de su hijo Raimundo; su sentimiento de soledad, que le acechaba incluso cuando se encontraba en medio de la multitud, como cuando estaba estudiando en Madrid, pero, en especial, se sentía así incluso cuando estaba rodeado de su mujer, a la que amaba desde que la conoció en su infancia, y de sus hijos, los cuales llevaba años deseando tener; el temor a la muerte, a que un día se acabe del todo la vida; sus ganas de pervivir, de sobrevivir a la muerte, etc.

Pero, sobre todo, lo que sigue latente en cada una de sus crisis, además de todos esos motivos, además de los motivos religiosos, y en muy estrecha relación con la misma, se encuentra el gran dilema de su vida, la contraposición entre fe y razón, entre corazón y razón, entre fe y ciencia (razón), entre amor (corazón) y pedagogía (ciencia).

Lo que más costaba a Unamuno era elegir si quedarse con la fe o con la razón:

Alguien podrá ver un fondo de contradicción en todo cuando voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se le da (...) ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice que sí, mi cabeza, que dice que no! Contradicción, naturalmente (...)⁷⁴.

⁷⁴ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, op.cit., p. 69.

Así, esta cita que ya se mencionó unas páginas atrás, muestra este problema de base que le acompaña durante décadas, y que también ha sido una constante en la historia de la filosofía: la contraposición entre la fe y la razón.

Al principio de su vida, él se quedaba con la fe, luego en Madrid y por influencia del positivismo y del krausismo, se siente más identificado con la razón, que no es capaz de explicar la fe. En sus obras, sobre todo las posteriores a 1899, incluyen este continuo debate en él, que a las veces es algo inocuo, convirtiéndose en una dialéctica, mientras que otras veces esa oposición que ejerce la razón sobre la fe, le afecta porque no es capaz de compatibilizarlas.

Que Unamuno sufriese por no poder compatibilizar fe y razón implica que hay cierta creencia y que, a pesar de que la lógica de su razón trate de eliminarla, él quiere mantenerla, provocando, así, esa contraposición entre fe y razón tan presente en su pensamiento.

Una de las conclusiones que se pueden extraer de la investigación es que en él nunca hubo una pérdida total de la fe, una ausencia de religiosidad y una negación absoluta de Dios. Sino que, incluso en los momentos en los que creía que no tenía fe, quedaba algo de esta latente en él.

En definitiva, no se puede afirmar que Unamuno creyese en Dios al estilo común, sin embargo, tampoco es posible tener la certeza de que niegue la existencia del mismo. Unamuno quería creer, a pesar de que su razón no pudiese validar la fe, se produce la ya citada comparativa con Pascal, sobre esta contraposición entre las razones del corazón y las de la razón.

De hecho, como su fe consiste en crear, más que en creer, y aquello que se crea es algo que no puede ser captado empíricamente, queda señalada la única y verdadera intención de Unamuno en torno a la fe: encontrar algo a lo que atenerse que pudiese justificar que sea “lícito” creer en Dios.

El no encontrar estas razones o argumentos que justificasen, de un modo racional, su creencia en Dios, su fe, le hacía pensar que no sería “lícito” tener fe. Sin embargo, tal vez por eso mismo, por su insistencia, durante tantas décadas en su vida, de querer creer, deja el dilema resuelto: Unamuno no quería no creer, se empeñaba en creer, y no cabe otra posibilidad diferente a que en el fondo sabía que creía.

De este modo, finalizo esta conclusión con la certeza de que en el fondo Unamuno siempre poseía fe en él, en una mayor o menor medida, a veces mínima, pero no cabe duda de que este combate contra la razón no le haría perder toda su fe, nunca lo hizo.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Libros:

- Csejtei, Dezsö, *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2004.
- García López, José, *Historia de la Literatura española*, Barcelona, Ed. Vicens Vives, 1966.
- Maestro, Jesús, *La filosofía de los poetas*, Madrid, Editorial Verbum, 2018.
- Rabaté, Jean- Claude y Rabaté, Colette, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Ed. Taurus, 2009.
- Unamuno, Miguel, *Amor y Pedagogía, Obras Completas*, vol. II, Madrid, Escelicer, 1966-71.
- Unamuno, Miguel, *Cuadernillo 8/19*, Casa Museo Unamuno, cuartillas 55 y 56.
- Unamuno, Miguel, *Cuaderno XVII*, Casa Museo Unamuno, caja 67/112, p. 15-16.
- Unamuno, Miguel, *Cuaderno XXIII*, Casa Museo Unamuno, cuartillas 52 y 53.
- Unamuno, Miguel, *Cuadernos de juventud*, “Notas...”, Casa Museo Unamuno, cuartillas 48-49.
- Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Akal, 1983.
- Unamuno, Miguel, *Del sentimiento trágico de la vida*, Cap. IX, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
- Unamuno, Miguel, “En la muerte de un hijo” de *Poesías sueltas, Obras Completas*, vol. V, Madrid, Biblioteca Castro, 2002, pp. 900-901.
- Unamuno, Miguel, *Escritos inéditos sobre Euskadi*, edición y notas de Laureano Robles, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 1998.
- Unamuno, Miguel, *Epistolario I (1880-1899)*, introducción, edición y notas de Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2017.
- Unamuno, Miguel, *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1996.

- Unamuno, Miguel, *Filosofía Lógica*, edición de Ignacio García Peña y Pablo García Castillo, Madrid, Tecnos, 2016.
- Unamuno, Miguel, *La unión constituye la fuerza. Mi primer artículo*, edición e introducción de José Antonio Ereño Altuna, Bilbao, Rontegui-Erandio 1994.
- Unamuno, Miguel, *La vida, un sueño*, 1936, Casa Museo Unamuno, J-74.
- Unamuno, Miguel, *Nicodemo el fariseo*, Madrid, Ediciones Encuentro, S.A., 2007.
- Unamuno, Miguel, *Niebla*, edición de Mario J. Valdés, Madrid, Ediciones Cátedra, Grupo Anaya, S. A. 2008.
- Unamuno, Miguel, *Niebla, Obras Completas*, vol. II, Madrid, Escelicer, 1966-71.
- Unamuno, Miguel, *Obras Completas*, vol. IV, Madrid, Biblioteca Castro, 1999.
- Unamuno, Miguel, *Obras Completas*, vol. V, *Cancionero*, Madrid, Biblioteca Castro, 2000.
- Unamuno, Miguel, *Obras Completas*, edición de Manuel García Blanco, vol. VIII, Madrid, Escelicer, 1966-1971.
- Unamuno, Miguel, *Obras Completas*. vol. XII, *Teatro*, Barcelona, Ed. Vergara, S.A., 1958.
- Unamuno, Miguel, *Prensa de juventud*, edición a cargo de Elías Amézaga, Madrid, Compañía Literaria, 1995.

Cartas:

- “Carta anónima de un salmantino al director de la revista *El Siglo Futuro*, 1913”. Cfr. Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Ed. Taurus, 2009.
- “Carta inédita de Salomé Jugo Unamuno a Miguel de Unamuno, 3-XI-1900”. Cfr. Jean- Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Ed. Taurus, 2009.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Clarín, 31-V-1895”, *Epistolario a Clarín*, Marcelino Menéndez y Pelayo, *Miguel de Unamuno*, Armando Palacio Valdés, Madrid, Edición Escorial, 1941.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Ilundain, 23-XII-1898”. Antonio Sánchez Barbudo, *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1959.

- Unamuno, Miguel, “Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal, 19- XII-1906”. Jean-Claude Rabaté y Colette Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Ed. Taurus, 2009.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal, 3-XII-1898”. *Cartas íntimas*, Bilbao, Eguzki, 1986, carta n.º 20.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Pedro Jiménez de Ilundain, 25- III-1898”, edición de Laureano Robles, *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1986.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Salvador Padilla, 6-VI-1903”. Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito I (1864-1914)*, edición de Laureano Robles, Madrid, Colección Austral, Espasa Calpe, 1991.
- Unamuno, Miguel, “Carta al Sr. D. Pedro de Múgica. Berlín, 3-V-1896”. Miguel de Unamuno, *Epistolario I (1880-1899)*, introducción, edición y notas de Jean-Claude Rabaté y Colette Rabaté, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2017, n.º 143.
- Unamuno, Miguel, “Carta al Padre Cámara, 25-XI-1903”. Laureano Robles, Ángel González y Juan Sáez, *Unamuno y Cartagena*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1997.
- Unamuno, Miguel, “Carta a Clarín [fecha desconocida]”. Nemesio González Caminero, *Unamuno*, tomo I, Santander, Universidad Pontificia Comillas, 1948.

Publicaciones de revistas:

- Escobar, Andrés, “La literatura filosófica: una aventura íntima en Miguel de Unamuno”, *Escritos*, vol. 21, n.º 47, 2013, pp. 517-531.
- Sánchez Barbudo, Antonio, “La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: la crisis de 1897”, *Hispanic Review*, vol. 18, n.º 3, jul. 1950, pp. 218-243.
- Unamuno, Miguel, “Una visita al viejo poeta”, *La Ilustración Española y Americana*, 8 de septiembre de 1899.
- Unamuno, Miguel, “Macanas de Miguel”, *La Nación*, 1994.
- Villar Ezcurra, Alicia, “Muerte y pervivencia en Unamuno”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XII, 2007, pp. 239-250.

- Villar Ezcurra, Alicia, “Unamuno y su lectura de Pascal: Del sentimiento trágico de la vida como principio de acción solidaria”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, vol. 47, 2-2009, pp. 69-98.